

CASI UN CUENTO

No se puede escribir ahora un poema, quizás porque las palabras, poesía de por sí, quieren ser palomas y no ajustarse a la medida y al ritmo de otra unidad que la de su propio contenido. Burbujas de colores. Entonces voy a contar un cuento. Un simple cuento infantil, para que me escuche una niña pequeña, pequeña; rubia, rubiecilla; sentada en un taburete alto, alto, los ojillos muy abiertos, con un punto brillante, movedido...

...Había una vez, no, no había, pero habrá. Pues entonces, habrá una vez un hombre que andará los caminos aún no demarcados. El viento sobre la blusa simple, la blusa sobre la piel curtida, sana. El paso largo, haciendo huellas en el polvo. El sol pondrá sedienta su garganta, y el hombre tomará agua en el hueco de sus manos. Con una cuchilla hará una cruz en la tierra y enterrará la semilla. No esperará a que crezca la planta; el que camina detrás de él ha de cuidar de ella como él cuida, poda, riega y acaricia las flores y los frutos, los árboles y los cereales que se ofrecen a su paso y que hundieron en la tierra manos como las suyas. En el camino encuentra otra gente, a ellos enseña lo que ha visto y de ellos aprende. Entre ellos encuentra a su camarada y con él canta, el nuevo canto que ha sacado desde el fondo de la tierra y desde el fondo del cielo. Entre ellos encuentra a su amante y en ella deposita, la semilla de un nuevo ser. Y no espera que crezca, sabe que el que camina detrás de él enseñará a su hijo, como él, que ha aprendido ya el idioma de todos los coros de la tierra, enseña a los niños de los otros.

Sobre el taburete alto la niña se ha dormido. El cuento ha terminado. Está escrito con la letra menuda de la simple referencia, no hay nada subjetivo en ello. Nuestro hombre no será nunca el caminante. Por eso niña mía, esto es un cuento, mucho más inverosímil que el del valiente hijo menor del rey que mató a los leones, que despertó a la princesa, que subió a la montaña más alta transformando a la fiera. Un hombre libre caminando en el polvo, bebiendo en sus manos, velando los frutos que no plantó y que no comerá, es aún mucho más extraordinario que cualquier héroe mitológico, que cualquiera ninfa.

Es un cuento, un simple cuento, un cuento para niños que deben dormir porque si no se ponen feos.

Sara Slavutzky.